

ACTAS DEL VI CONGRESO INTERNACIONAL DE LA ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE LITERATURA MEDIEVAL

(Alcalá de Henares, 12-16 de septiembre de 1995)

Edición a cargo de
José Manuel Lucía Megías

TOMO I



Servicio de Publicaciones

Universidad de Alcalá

1997

Quedan reservados todos los derechos, ni parte ni la totalidad de este libro puede ser reproducido por cualquier medio, ya sea mecánico o electrónico, sin el permiso de los editores.

Comité Organizador:

Carlos ALVAR
María del Carmen FERNÁNDEZ LÓPEZ
Sonia GARZA
José Manuel LUCÍA MEGÍAS
Joaquín RUBIO TOVAR
Pedro SÁNCHEZ-PRIETO BORJA
María Jesús TORRENS

En la edición de *Las Actas del VI Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval* han colaborado Pedro Sánchez-Prieto Borja, Joaquín Rubio Tovar, M.^a Carmen Fernández López, M.^a Jesús Torrens y Paciencia Talaya.

© Anónimas y colectivas
© Universidad Alcalá
Servicio de Publicaciones

I.S.B.N. (Obra completa): 84-8138-207-8
I.S.B.N. (Tomo I): 84-8138-208-6

Depósito Legal: M-29893-1997

Imprime: Nuevo Siglo, S.L.

EL RETRATO DEL ANTICRISTO EN LOS TEXTOS CASTELLANOS MEDIEVALES

José Guadalajara Medina

*Para Ángel Gómez Moreno,
«bon clérigo, mucho ondrado»*

De los dos sentidos que convergen en el término retrato, es decir, el iconográfico y el literario, sólo a este último van dedicadas las palabras de este estudio. La tradición medieval reservó un importante espacio a la representación del Anticristo bajo las formas artísticas más diversas, aunque fue sobre todo en las miniaturas que ilustraron los extensos comentarios al Apocalipsis de Juan, donde la imaginería fantástica de este personaje dispuso de un medio idóneo en el que reproducir el conjunto de sus acciones y características¹. Los *Beatos*, por ejemplo, diseminados hoy en día por numerosas bibliotecas españolas y extranjeras², recogen todo este material pictórico y retratan al Anticristo de acuerdo con las sugerentes imágenes bíblicas del capítulo XIII, en el que las grotescas formas de las bestias del mar y de la tierra, figuradas bajo híbridas composiciones zoológicas, adquieren una apariencia que hubo de provocar un terrorífico impacto moral; ésta fue, por lo menos, la pretensión que movió a alguno de los iluminadores de estos códices: así lo declara Magius en el colofón de un Beato que

¹ El capítulo IV del libro de R. K. Emmerson, *Antichrist in the Middle Ages. A Study of Medieval Apocalypticism, Art, and Literature*, Manchester, University Press, 1981, pp. 108-145, ofrece un excelente análisis del desarrollo de la tradición iconográfica del Anticristo, centrado, sobre todo, en las representaciones de este personaje en biblias, enciclopedias y libros sobre el Apocalipsis.

² Véase el catálogo de estos códices en A. M. Mundó y M. Sánchez Mariana, *Los Beatos*, Madrid, Biblioteca Nacional, 1986, pp. 99-126.

perteneció al monasterio de Las Huelgas, en donde expresa que con sus pinturas intentaba infundir «terror ante el futuro juicio y la venida del fin del mundo»³.

Las figuraciones monstruosas no fueron, sin embargo, las únicas representaciones posibles del Anticristo en estos códices, ya que en otras imágenes se lo muestra con aspecto humano; así, a veces, es caracterizado como un cruel personaje que con una espada cercena las cabezas de Elías y Enoch, o bien, junto con el dragón y la bestia pintados en el mismo folio, como un «pseudo prophete» que expulsa por la boca una rana, la cual simboliza uno de los espíritus inmundos referidos en el capítulo XVI del Apocalipsis⁴.

No es, con todo, a este tipo de retrato al que remitiré en este análisis, sino al que, en deuda con él, reaparece en muchos textos medievales; en éstos, aunque no falte una caracterización prosopográfica del Anticristo, suele ser más frecuente el trazado de su etopeya. La literatura castellana de la Edad Media, especialmente, como es lógico, las profecías y escritos específicos sobre las postrimerías del mundo, ha sido un magnífico recipiente para toda la tradición caracterológica del personaje, sobre todo para aquellos aspectos relacionados con su personalidad y con su actuación terrena. El impacto psicológico de la imagen, bien reconocido en nuestra época, ejerció también en aquellos siglos una fascinación enorme, de ahí que miniaturistas como el referido Magius en el siglo XI se propusieran evocar los tiempos apocalípticos con esas figuras surgidas de su imaginación, pero sujetas al obligado soporte de las clásicas fuentes bíblicas. La imagen literaria, a través de la descripción externa de los atributos físicos del protagonista escatológico, debió cumplir una función similar a la de su reproducción pictórica, por más que en los escritos castellanos medievales conservados no se haya prodigado en exceso. Sólo en el *Libro de los grandes hechos* de Juan Unay, el enigmático fraile del *Sancti Spiritus*, perteneciente al siglo XV, se desarrolla, como comentaré después, una verdadera descripción prosopográfica del Anticristo, que constituye, junto con las xilografías del libro de Martín Martínez de Ampíes sobre este personaje, su figuración más completa dentro de los textos en lengua castellana medieval⁵.

Dos tendencias descriptivas se observan en este tratamiento de la imagen del Anticristo; por una parte, aquella que recrea sus rasgos monstruosos o deformes con el objetivo de presentarlo como una auténtica contrafigura de la divinidad; de esta manera, se acentúa su carácter maléfico, al mismo tiempo que se intenta suscitar el terror y provocar la penitencia

³ Este Beato es el ms. 429 de la Pierpont Morgan Library de New York (catalogado con el nº 20 por los autores citados en la nota anterior). Consúltese J. Williams, *Los Beatos*, p. 21, que transmite esta declaración de Magius en su estudio sobre «Las pinturas del Comentario».

⁴ Véase el *Beato* compuesto para los reyes Fernando I y doña Sancha de Castilla, en BNM, ms., Vitr. 14-2, f. 220v, en donde se encuentra la miniatura que ilustra este citado pasaje del Apocalipsis; otra ilustración del mismo puede verse en el *Beato de Saint Sever*, ms. lat. 8878, f. 184v (hay reproducción facsímil, Madrid, Edilán, 1984). Para otra caracterización humana del Anticristo, véase, por ejemplo, la lámina editada en el libro *Los Beatos*, p. 59.

⁵ Para el *Libro de los grandes hechos*, véase el ms. 8586, BNM, ff. 1-30r. (retrato del Anticristo en ff. 6r-8r). Hay una edición de este texto en mi libro *Las profecías del Anticristo en la Edad Media*, Madrid, Gredos, 1996. El *Libro de Anticristo* de Martínez de Ampíes puede consultarse, en su edición burgalesa de 1497, en el I.543, BNM, ff. a II-g VI y en la reproducción facsímil de R. Alba, *Del Anticristo*, Madrid Editora Nacional, 1982.

de las gentes. La segunda opción lo retrata como un tipo humano de apariencia amable y cándida que, nada distinto de una hipotética fisonomía de Cristo, resalta sus pretensiones de fingida santidad y lo convierte en centro de una seducción irresistible. La tradición bíblica, alimentada en este caso por el libro de Daniel y, sobre todo, por el Apocalipsis, explica, junto con la difusión de una intensa imaginería de lo monstruoso (bestiarios, descripciones insólitas de viajeros, profecías merlinianas, elementos arquitectónicos de extraña factura, etc.), este primer desarrollo de la figura del Anticristo. Sólo en las xilografías del libro de Martínez de Ampíes, fuera por tanto del ámbito de lo literario, encontraremos una representación estrictamente humana del «hijo de perdición», puesto que la ausencia general de este tipo de descripciones físicas en los escritos castellanos impide conocer la concepción que de su naturaleza tenían, por ejemplo, y entre otros, autores como Vicente Ferrer o como el anónimo responsable del *Libro del conocimiento del fin del mundo*⁶. Interesaba más, según se desprende de las muestras conservadas, una caracterización moral del personaje y de su desarrollo existencial (sobre todo durante sus tres años y medio de reinado) que una recreación literaria de sus atributos externos. Antes de referirme, no obstante, a esas capacidades psicológicas del Anticristo, conviene que me detenga en las representaciones que de su físico se han preservado en los escritos medievales castellanos.

La mejor descripción la ofrece Juan Unay en su *Libro de los grandes hechos*, quien recurre a un clásico paralelismo entre la semblanza y obras de Cristo y las de su contradictor de los últimos tiempos. Esta reciprocidad, reiterada por todos los autores a lo largo de los siglos, es pieza insustituible de la tradición apocalíptica; además, su plasticidad ilustrativa, de fuerte contenido moralizante, arrastra con frecuencia a los intérpretes hacia este trazado simétrico de ambas biografías; así, al margen ya del alcance cronológico de este estudio, se recoge en un libro alemán impreso en el año 1521, la *Antithesis figurata vitae Christi et Antichristi*, que, en xilografías contrapuestas a doble página, enfrenta el itinerario vital de ambos personajes⁷. Esta tópica recurrencia es un efectivo argumento contra las argucias del Anticristo, pues la antítesis garantiza un reconocimiento infalible de este último; quizá, Juan Unay, con su descripción grotesca del «hijo de perdición», ha pretendido intensificar esta notable disparidad, a costa de que un futuro Anticristo con estas características pierda en valor edificante, porque su naturaleza deforme será entonces un indicio de su verdadera condición y restará mérito a una actitud de renuncia al mundo material, basada más bien en el miedo a las penas del infierno, según la mentalidad de los hombres de la Edad Media, que en una auténtica vivencia religiosa⁸.

⁶ Véase este último en el ms. 9-2176, BRAH, ff. 14r-29v (ed. en *Las profecías del Anticristo...*, pp. 443-463). La extensa producción de Vicente Ferrer puede limitarse ahora a una consulta de sus sermones sobre el Anticristo, recogidos en su cuerpo principal en el libro de P. M. Catedra, *Sermón, sociedad y literatura en la Edad Media. San Vicente Ferrer en Castilla (1411-1412)*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 1994.

⁷ Ha sido editada en el volumen que contiene la *Replica ad Ambrogio Catarino sull'Anticristo* de Martín Lutero, Torino, Claudiana, 1989. La *Antithesis* ocupa las páginas 155-184.

⁸ Esto se observa bien en un escrito catalán conocido como *Explicació d'alguns secrets de l'Escriptura*, en donde un demonio, a propósito de un concilio de todos ellos en el que se decide la procreación del Anticristo, se refiere a que si éste revistiera una apariencia monstruosa no sería creído y, por lo tanto, no engañaría a nadie: «... car si tu't demostraves series conegut leugerament e no't creurien, per la gran terror que de tu hix e proceeix e gran spaventament terrible sobre potencies e forces de leo», p.164, ed. Martin Aurell, «La fin du monde, l'enfer et le roi: une prophétie catalane du XV^e siècle», *Revue Mabillon*, 5, t. 66 (1994), pp. 143-177.

El Anticristo imaginado por Unay, producto de una extraña visión acaecida en la cima de una montaña, muy cerca de las cuevas de Hércules, es un tipo humano de proporciones y rasgos singulares. Lejos de las ficciones de otros visionarios anteriores, como la del grotesco Anticristo de ojos ardientes y orejas de asno entrevisto por Hildegarda de Bingen en el siglo XII o como la del gigante con un ojo blanco parecido a la estrella matutina de la *Interrogatio de novissimo*⁹, Juan Unay coincide con ellos en la concepción de este inicuo personaje como un prototipo de fealdad, muy próximo también de las exóticas fabulaciones de muchos viajeros medievales, aunque distante de otras disparatadas descripciones, como, por ejemplo, la que Juan de Mandeville hace de los habitantes de una isla, a los que califica de «gentes que han la cara plana e toda egoal sin narizes e sin ojos si no dos forados chicos redondos...»¹⁰ La deformidad del Anticristo de Juan Unay no alcanza estos extremos, pero ofrece así mismo detalles muy curiosos: se le atribuye una altura de «ocho palmos», es decir, un metro y sesenta y ocho centímetros aproximadamente¹¹; su rostro es amarillo, moreno y redondo; lampiño en las quijadas, pero con dos «copillos» de barba muy negra en el mentón; es calvo y de frente pálida; tiene unos ojos garzos y pequeños, y una nariz plana con grandes orificios. Su figura es la de un hombre de complejión desproporcionada, con largas y delgadas piernas que contrastan con sus pequeñas manos de dedos cortos y gruesos, cuyas líneas amarillas se marcan entre los puntos de color negro que cubren sus palmas; esto se completa con unos altos hombros que le llegan hasta las orejas y con un andar feo y nervioso que le mantiene siempre inquieto, en continuo camino de un lugar a otro. A diferencia de Cristo, «vestido de muy nobles pannos e preçiadados», el Anticristo se cubre con un sayal viejo, sucio y roto, pues, como escribe Unay, «non solamente en su gesto parecerá la su maldad, mas aún en comer, e beber e en andar; e en sus ábitos demostrará las muy grandes vilezas que son en el su coraçón»¹².

Como puede apreciarse, esta descripción, acompañada por otros detalles biográficos más tradicionales (genealogía, lugar de nacimiento, tiempo de reinado, cualidades personales, ...), convierten al Anticristo en una imagen perfecta de lo monstruoso y lo demoníaco, de la que se deduce una práctica lección moralizante que el autor del *Libro de los grandes hechos* se encarga de transmitir con un cabal convencimiento:

Et por estas sennales que tendrá e usará el traidor Antechristus lo podrán conosçer, porque vos guardedes de sus obras e de sus palabras e las non queredes oír¹³.

⁹ Hildegarda de Bingen, *Scivias sive visionum ac revelationum*, en *P.L.*, vol. 197, lib. III, visio XI, col. 709 y la *Interrogatio de novissimo*, en *Aemilianensis* 60, BRAH, ff. 64r-67r.

¹⁰ Editado por J. Rubio Tovar, *Libros españoles de viajes medievales*, Madrid, Taurus, 1986, pp. 159-160. Véase la versión aragonesa del siglo XIV del *Libro de las maravillas del mundo de Juan de Mandevilla*, ed. P. Liria Montañés, Zaragoza, Caja de Ahorros, 1979. Imprescindible, para estas caracterizaciones monstruosas realizadas por los viajeros medievales, resulta el libro de C. Kappler, *Monstruos, demonios y maravillas a fines de la Edad Media*, Madrid, Akal, 1986.

¹¹ El palmo es «medida de longitud de unos 21 centímetros, que constituye la cuarta parte de una vara y está dividida en doce partes iguales o dedos», *DRAE*, 1992.

¹² Transcribo según mi edición de este libro de Juan Una, p. 410. Véase el f. 8r, ms. 8586, BNM.

¹³ *Ib.*

Esta grotesca imagen del Anticristo, la más completa entre las escasas descripciones literarias que de este personaje han llegado hasta nosotros en los textos castellanos medievales, no puede ser sino el resultado de la imaginación de Juan Unay, influida quizá por las posibilidades que brindaba la iconografía de su época y por el inmenso corpus de obras (libros de cosmografía, tratados didácticos, bestiarios, enciclopedias, libros de viajes, etc.)¹⁴, que perfectamente podría haber consultado en una biblioteca; no obstante, bastaba con una simple lectura del capítulo XIII del Apocalipsis para transformar las representaciones de las bestias del mar y de la tierra en una sugerente creación, capaz de conducir la mente por los caminos de lo teratológico¹⁵.

Un breve escrito del siglo xv, supuestamente una carta remitida a los cristianos de todo el mundo por orden del rey de Armenia, esboza, a diferencia de lo que hace el *Libro de los grandes hechos*, la figura de un Anticristo recién nacido. El texto se demora más, sin embargo, en la recreación de los prodigios que han rodeado este acontecimiento singular y recoge así toda una serie de fenómenos insólitos: ausencia del sol durante todo el día; fuegos, humos y grandes llamas sobre la casa donde ha nacido el Anticristo; aire oscuro y tenebroso; nubes que arrojan piedras, serpientes y culebras; una montaña inmensa escindida en dos partes; etc. Todo esto constituye un tópico ejemplo de cómo la unidad del cosmos se ve alterada, en virtud de la estrecha relación entre los elementos de la naturaleza, por la producción de un hecho inusitado de magna trascendencia¹⁶. El escrito concluye con una exhortación a la paz y a la penitencia entre los cristianos, y recuerda además la necesidad de difundir esta carta por todas las provincias, algo que, en efecto, pudo llevarse a cabo y que habría contribuido a la expansión de las ideas apocalípticas en Castilla durante este siglo.

La imagen del Anticristo que transmite esta curiosa carta es tan sólo una breve pincelada cargada de sugerencias, pero inserta dentro del mismo marco que la descripción de Juan Unay, es decir, entre las figuraciones humanas de un Anticristo con rasgos deformes o con caracteres físicos de extraña naturaleza que revelan de inmediato su disposición interior. No hay, por otra parte, en ninguno de los dos textos un componente de animalidad que los aproxime a otras representaciones del Anticristo, en las que los atributos zoológicos aparecen fundidos con los trazos humanos del personaje¹⁷. La *carta del rey de Armenia* caracteriza al «hijo de perdición» como un niño «mucho obscuro et tenebroso», de figura terrible y con unos ojos de extraordinaria luminosidad; se pondera así mismo su prematuro desarrollo, puesto que es capaz de hablar como un

¹⁴ Véase C. Kappler, *ob. cit.*, p. 242.

¹⁵ «...e pensando en los fechos del mundo e en lo que era escripto en la Santa Escripura, espeçialmente en Daniel, e Isafas, e Ezechiel e otros muchos profetas, et, otrosí, en el Apocalipsi de sant Juan, que cuenta que vido una bestia con siete cabeças, e vido la una cabeça corta fasta la rraíz», f. 5v., p. 408 de mi edición.

¹⁶ En el siglo XIII, el autor del *Libro de Alexandre* enumera una serie de maravillas que se produjeron en el nacimiento del rey Alejandro Magno; algunas concuerdan o se asemejan con las referidas por el anónimo responsable de esta carta (véanse las estrofas 8-11 de este libro, ed. J. Cañas Murillo, Madrid, Editora Nacional, 1978).

¹⁷ Estas representaciones se encuentran a menudo en la iconografía del Anticristo (véase Emerson, *ob. cit.*, p. 112), aunque también son frecuentes en los escritos que describen su aspecto externo; así sucede con el Anticristo de Hildegarda de Bingen, al que me he referido con anterioridad.

adulto y, al mismo tiempo, de caminar con total desenvoltura. De nuevo, el prodigio se revela para descubrir la portentosa naturaleza de quien ha de ser el último extraviador del mundo, profetizado desde muchos siglos atrás.

El Anticristo disforme y asombroso de estos dos textos contrasta con la apariencia cándida y santa del que nos ofrecen las xilografías del libro de Martín Martínez de Ampiés, aunque aquí la descripción literaria haya sido sustituida por los 46 grabados que ilustran el texto. La imagen abandona ahora todo trazo de monstruosidad y ofrece la efigie de un tipo humano de formas correctas, trasunto fiel de muchas representaciones coetáneas de la figura de Cristo. Sólo la presencia de uno o varios diablos, escondidos detrás del Anticristo (a veces, en una columna, un arbusto, un estrado o una fragua), en una antítesis clara entre un plano abstracto y otro real, insinúa las auténticas pretensiones del personaje escatológico.

Estos tres escritos castellanos del siglo xv, los únicos en los que he encontrado un tratamiento de la figura del Anticristo, desvelan la escasa importancia que, según los textos conservados, tuvo la prosopografía apocalíptica frente a la valoración conferida a la descripción de las cualidades morales, acciones y poderes de este inicuo enemigo de la cristiandad, que es la otra vertiente del retrato que los autores medievales destacaron muy por encima de su apariencia externa. Toda la tradición literaria y profética concuerda con esta afirmación, pues, si descontamos el desarrollo pictórico que adquirió este tema en los libros ilustrados, son pocos los visionarios, predicadores y comentaristas que se refieren en sus obras a la imagen del futuro Anticristo; así, ni Adso de Montier en el siglo x, cuyo tratado conoció una notable difusión en la Edad Media, ni otros autores posteriores como Arnaldo de Vilanova, Juan de Rupescissa o Vicente Ferrer, entre otros, prestaron atención a este aspecto, en contraste con la dedicación que pusieron en el trazado de la etopeya de este personaje¹⁸; sin embargo, a pesar de esta parquedad en la descripción física, se deduce fácilmente que los autores hispánicos coincidieron en una representación humana del Anticristo, como pone en evidencia el anónimo autor del *Libro del conocimiento del fin del mundo*, que lo caracteriza como un hombre fuerte y gran balletero, dispuesto para la conquista de todos los reinos de la tierra. También Vicente Ferrer, que lo presenta como una «mala persona», o la versión anónima castellana del *Vade mecum in tribulacione* de Rupescissa debieron contribuir a la fijación de un Anticristo humano, contrafigura de la divinidad, verdadero hombre de naturaleza demoníaca en su función escatológica¹⁹.

Serán, no obstante, la personalidad y cualidades del Anticristo los aspectos que, por su trascendencia moral y fondo teológico, merecerán un desarrollo más extenso en los escritos

¹⁸ Para Adso puede consultarse la edición de D. Verhelst, *De ortu et tempore Antichristi, Corpus christianorum, continuatio mediaevalis*, Turnholt, Brepols, 1976, que ofrece distintas versiones de esta carta que Adso de Montier dirigió hacia el 954 a la reina Gerberga, esposa del rey franco Luis IV de Ultramar.

¹⁹ Véanse estas descripciones en *el Libro del conocimiento del fin del mundo*, f. 24v, p. 457 de mi edición, y en el sermón de Vicente Ferrer con *thema Creatura liberabitur a servitute corruptionis* (ed. P. M. Cátedra, *ob. cit.*, p. 535). La versión castellana del *Vade mecum*, conocida como *Libro de las tribulaciones*, se encuentra en el ms. 9-2176, BRAH, ff. 1r-13v (ed. J. Guadaluja, *ed. cit.*, pp. 427-441).

proféticos castellanos de la Edad Media. Ya en *La Fazienda de Ultra Mar* se le aplica la expresión «engañador del siglo», en tanto que en el *Libro de miseria de omne* se lo califica como «sabio encantador»; ambas denominaciones, además de advertir indirectamente de su posible imagen humana, recogen dos características fundamentales del personaje: su fingida santidad como suplantador de Cristo y su portentosa capacidad mental y taumatúrgica²⁰. En este sentido, casi todos los escritos castellanos recuerdan, como dirá Vicente Ferrer, las cuatro «maneras que él traerá», es decir, los cuatro componentes básicos de su capacidad de seducción y convencimiento; éstos se refieren a su generosidad engañosa, su brillante dialéctica, su poder mágico y su extrema crueldad con sus detractores. Martínez de Ampíes, al filo ya del siglo XVI, no se olvidará de transmitir estas mismas cualidades del personaje, preservando de este modo una tradición antiquísima, presente bajo esta forma, por lo menos, desde Adso de Montier en el siglo X²¹.

Otro aspecto importante de la psicología del Anticristo es el relacionado con su disoluta conducta sexual, ya que sobre ésta, considerada como vicio nefando opuesto a una virtuosa práctica matrimonial o riguroso celibato, se hacen recaer censuras de fuerte contenido moral. Así, el anónimo autor del *Libro del conocimiento del fin del mundo* califica de gravísimo pecado su lujuria y hasta su sodomía, mientras que el aragonés Martín Martínez de Ampíes, además de referirse al abominable pecado cometido en su concepción (escribe que el Anticristo es fruto de las relaciones de un padre con su propia hija), condena su concupiscencia y dice de él que «será extremo vicioso en el peccado de la lujuria con las mujeres»²². El elocuente fray Vicente Ferrer, muy práctico y expresivo en el sermón que pronunció en Toledo el 5 de julio de 1411, extiende esta carnalidad a todos aquellos que sigan los consejos del Anticristo, cuyas seductoras palabras penetrarán entonces hasta en los recónditos y cerrados monasterios. De esta manera se lo comunica el itinerante fraile dominico a sus oyentes toledanos:

E dirán todos: -«Éste es buen señor». E muchos frayres dexarán el ábito en la figuera e la monja el monesterio. E algunos clérigos de sesenta años dirán: -«¡En ora mala venga tan tarde este señor! Agora que só viejo, que non ssó para nada». Otrossí, las monjas dirán: -«¿Por qué non venía quando yo era moça de veynte años, que tomara plazer; mas vino agora que soy vieja, que ninguno me querrá»²³.

El Anticristo, como sugiere la misma etimología de la palabra, es ante todo un consumado hipócrita; su falsa santidad y disimulación, acompañadas de sus extraordinarios poderes, hacen de él un nuevo mesías. No es extraño, por tanto, que su origen se emparente con la tribu de Dan y que los judíos, «pueblo obstinado», según los denomina Martínez de Ampíes, aparezcan en estos escritos como sus secuaces más

²⁰ *La Fazienda de Ultra Mar*, ed. M. Lazar, Salamanca, *Acta Salmanticensia*, XVIII, nº 2, 1965, p. 112 y *Libro de miseria de omne*, ed. P. Tesauro, Pisa, Guardini, 1983 (estrofa 455).

²¹ Adso, *ob. cit.*, p. 25. Otro ejemplo lo ofrece Jacobo de la Vorágine en su *Legenda aurea* (trad. J. M. Macías, Madrid, Alianza Editorial, 1982, p. 26).

²² *Libro de Anticristo*, I. 543, BNM, f. bl.

²³ Ed. P. M. Cátedra, *ob. cit.*, p. 539.

directos. Los textos proféticos castellanos insisten en este tópico de la literatura apocalíptica y destacan la fingida conducta de este inicuo personaje. Vicente Ferrer, convencido del inmediato ocaso de los siglos, advierte a sus oyentes de esta suplantación mesiánica y añade al retrato del Anticristo el pecado capital de la soberbia, la cual le llevará a querer convertirse «en rrey e señor de todo el mundo»²⁴. También Juan Unay recrea esta característica esencial del «hijo de perdición» y lo presenta lleno de vitalidad, siempre en continuo movimiento de un lugar a otro y dando «bozes llamándose Christo»²⁵. Esta misma idea la destaca también el autor del *Libro del conocimiento del fin del mundo*, que alude, sin duda a través de Vicente Ferrer, a los pueblos de Gog y Magog como símbolos de la aparente santidad del Anticristo, de quien afirma que «será tenido por bueno de las gentes e que será falço en todas sus hobras»²⁶.

Esta doble personalidad, revelada perfectamente por el apóstol Pablo en su segunda epístola a los tesalonicenses²⁷, es un lugar común de toda la tradición apocalíptica del que los autores hispánicos no pudieron desprenderse, pues constituye la esencia misma del personaje y la razón de su venida al final de los tiempos. Este rasgo caracterológico se completa a menudo con propiedades del mismo tipo y con explicaciones que tratan de profundizar en esta dualidad temperamental; así lo hacen, por ejemplo, Martínez de Ampíes y el autor del *Libro del conocimiento del fin del mundo*, quien pondera, en este caso, su odio, mala intención y voluntad, cualidades negativas asociadas a su ambigua actitud y que modelan aún más la etopeya del Anticristo recogida en estos escritos medievales castellanos.

La difusión de este retrato, de escasa originalidad, salvo en la descripción física propuesta por el fraile del *Sancti Spiritus*, Juan Unay, debió de colmar en aquellos siglos la faceta más pintoresca de la expectativa apocalíptica, completada a su vez por la dimensión dramática y terrorífica de la advertencia del instante final, aquel que ya había sido proclamado en numerosas circunstancias y que ninguno llegó fatalmente a conocer; sin embargo, otros visionarios, intérpretes y predicadores volverían después a la carga con su repertorio de profecías para comunicar con su voz y con su palabra que el Anticristo acababa de nacer en ese mismo instante²⁸.

²⁴ *Ib.*, p.536.

²⁵ *Libro de los grandes hechos*, f. 7r., p. 409, *ed. cit.*

²⁶ *Libro del conocimiento...*, f. 24r., p. 456, *ed. cit.* Véase este simbolismo en el sermón vicentino referido más arriba, *ed. P. M. Cátedra, ob. cit.*, p. 536.

²⁷ «...el hijo de la perdición, que se opone y se alza contra todo lo que se dice Dios o es adorado, hasta sentarse en el templo de Dios y proclamarse dios a sí mismo.» (2. 3-4), versión bíblica de E. Nácar y A. Colunga, Madrid, BAC, 1962, duodécima edición.

²⁸ El caso más significativo dentro de Castilla es, sin duda, el del valenciano Vicente Ferrer, que predicó en este reino por los años de 1411-1412 que el fin del mundo era inminente. Remito, de nuevo, a mi libro *Las profecías del Anticristo en la Edad Media*, en donde dedico dos secciones al estudio de esta vertiente del predicador dominico. Véase también mi artículo «La edad del Anticristo y el año del fin del mundo, según fray Vicente Ferrer», *Revista de Literatura*, (en prensa).